

El beso del Espíritu

Nuestra vida está animada por el Espíritu Santo, es desde nuestro bautizo nuestra respiración profunda, tan profunda que no nos damos ni cuenta de ello. Cada mañana al despertarnos deberíamos respirar hondo y encontrarnos con El conscientemente e ir a su encuentro.

Los modales del Espíritu son diferentes a los nuestros, por eso a veces pasamos sin verle. No es su culpa, es la nuestra y tenemos que dejarle rehacer nuestra educación para que poco a poco podamos realmente vivir con El todos los momentos de nuestra vida.

Pero como reconocerle? Que me hace suponer que me encuentro con El y no conmigo? Creo que se reconoce por la fe y el amor que derrocha, pero es verdad que no hay definición exacta. Para mí y es lo que puedo decir porque es mi propia experiencia lo encontré en el descubrimiento de mi íntima pobreza. Eso fue su obra, no la entendí de golpe, soy más bien lenta, y yo era el resultado de muchos años de piedad en una teología que no me facilitaba ese descubrimiento ya que tenía una base de mucha voluntad propia que no me aclaraba el camino. Sin embargo se me fue desvelando gratuitamente poco a poco cada vez más profundamente.

La frase de san Ignacio de Antioquia yendo hacia su muerte en el circo me parece la perfecta ilustración de lo que nos ocurre cuando el Espíritu consigue hacer su camino en nosotros” Hay en mí un agua viva que me susurra: Ven al Padre”. Ese murmullo es la maravilla del Espíritu haciendo ruta en nuestra alma y arrastrando en sus aguas todo lo que le estorba. No necesitamos barca ni remos, no necesitamos equipaje, solamente el dejarnos arrastrar a perder pie sin poner conscientemente obstáculo. El problema está allí en este perder pie cuando sabes que no tienes idea de nadar. Las aguas del Espíritu no son obligadamente tumultuosas, son aguas suaves pero tienen una fuerza mucho mayor que las de cualquier océano. No nos ahogan pero arrastran lejos todo lo que impide que su corriente fluya. Cualquier peso nos impide dejarnos llevar y nos arrastra al fondo, donde no corre el agua.

Cada uno de nosotros tenemos nuestras propias ideas y dejarlas en la orilla puede parecer duro, pero no, no lo es porque es el propio Espíritu que se encarga del trabajo. El no desea más que una cosa, llevarnos en su corriente porque sabe que es en ella que podemos encontrar nuestra felicidad en el amor del Padre. Tiene su sistema, su manera de actuar que es muy suya. Nos besa con ternura y con ese beso deposita en nosotros su riqueza que rellena el sitio de nuestras pobreza que va barriendo y que van cayendo por su propio peso. No desaparecen pero se caen al fondo. Nos quiere pobres sin recursos, para ese encuentro con el Padre, el problema es que muchas veces nos resistimos a dejarnos besar por Él como un niño que quiere besar y se debate porque en ese momento lo que quiere es jugar. ¿Porqué lo hacemos? porque nuestra humanidad tiene miedo. El mismo miedo que tuvo Adán después de comer la fruta prohibida y que le empujó a esconderse. Nuestros desayunos con fruta prohibida nos entorpecen.

Ese beso es algo grande, es la manifestación de un amor que quiere comunicarse, el beso del Espíritu es la cantidad de gozo interior que necesitamos para vivir el día y sus obligaciones. Es igual al mana en el desierto, nos da la ración diaria y cada mañana si somos atentos la renueva. Es una riqueza de pobres, no podemos almacenarla, hay que recibirla en cada instante del día con mucho cuidado para no estropearla porque al menor deseo de encerrarla entre nuestras manos poseedoras para guardarla se pudre.

El beso del Espíritu nos da una felicidad que no tiene nada que ver con lo que en general llamamos felicidad. No depende de nada material, es una felicidad de pobre

porque no se puede almacenar, pero es un vendaval que nos arranca a nuestras pobres miserias, miserias de pobres hombres o mujeres, miserias tan ruines y pequeñas de miserables pecadores.

No somos conscientes de ello todos los días, sería demasiado, pero hay días que sí. La única que fue totalmente consciente era María, la Madre de Dios que se entregó por gracia sin más al tsunami del Espíritu.

Ser pobre no nos gusta, todos queremos tener algo en propiedad pero hoy quiero cantar la maravilla de nuestra pobreza. ¿ Porque hoy ? Porque por gracia, por pura gracia, la mía ha aflorado y me ha dejado tan maravillada de poder gozarla que me gustaría haceros compartir ese regalo. Todos nos creemos ricos, pero descubrirse y amarse pobre es ya “El Regalo”. Como todo regalo digno de este nombre es gratuito y lo podemos encontrar bien envuelto en su papel de colores y una bonita cinta al pie de nuestra cama por la mañana.

Es una sorpresa, es un regalo de Dios, y tiene puesta la tarjetita “De parte del Espíritu Santo”.

Hay días en que el Espíritu nos llega como una brisa fresca sin que sepamos el porqué, está bien porque como no sabemos como viene, tampoco sabemos guardarlo bajo siete llaves lo que nos haría salir de nuestra pobreza. Parece absurdo pero es que la pobreza es una dama muy delicada, ya lo decía Francisco de Asís ! Delicada y celosa. Es una gran dama, toma sombra del menor aire, del menor suspiro, le gusta ser la única fuente de gozo y si se siente ofendida se retira dejando el sitio a quien se cree más poderosa que ella. Jesús el Señor, nuestro Señor, el Señor de la Gloria, fue el más pobre de todos los hombres porque no se pertenecía, era del Padre y de nosotros. Sigue siendo del Padre y de nosotros, en Gloria para toda la eternidad. No os parece motivo de gozo ?

A mi sí.

Madrid 25 de junio de 2012

Cordelia de Castellane